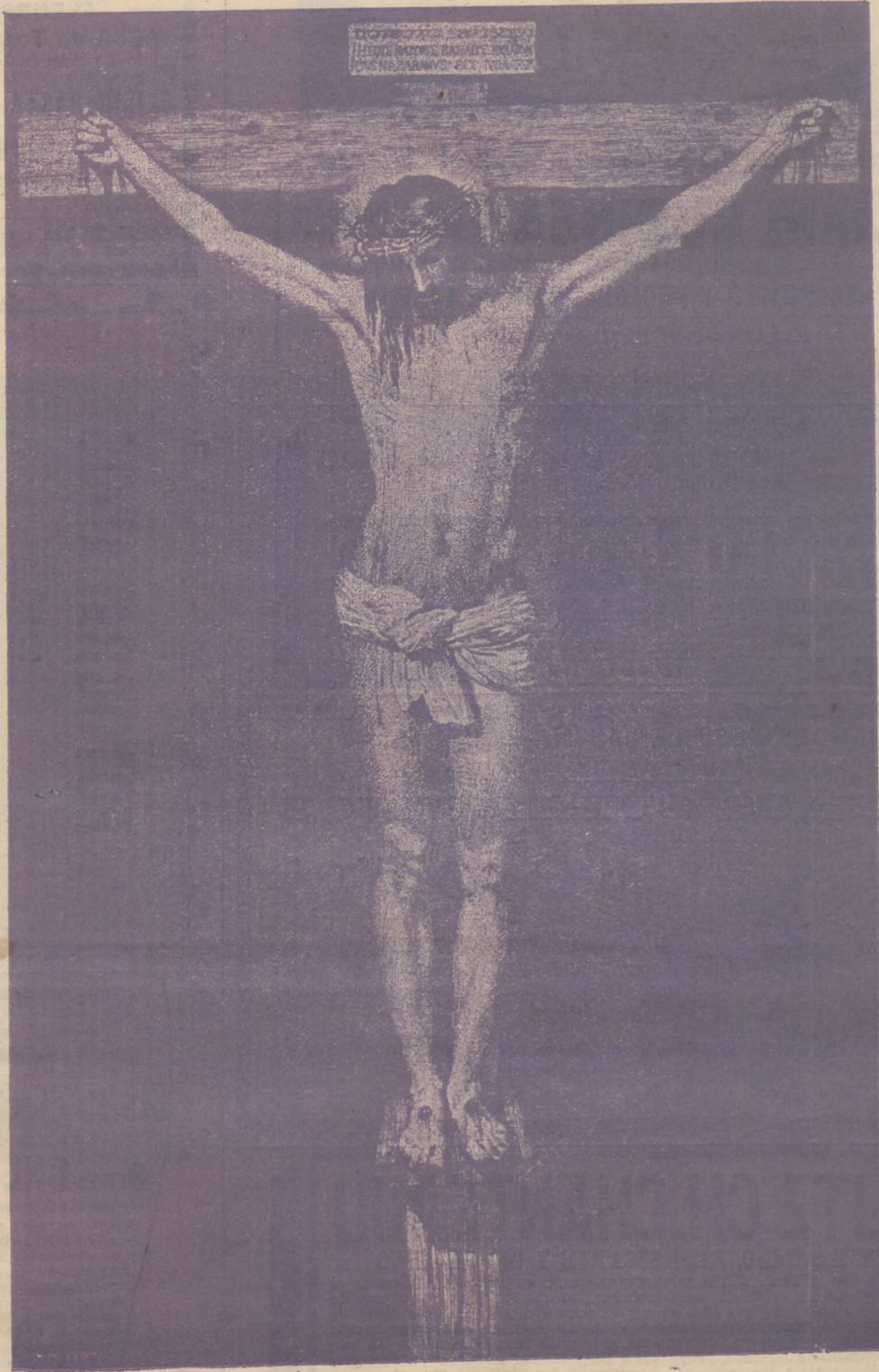




LOS DOMINGOS DEL

DIARIO DE MANILA



CRISTO CLAVADO EN LA CRUZ.
Cuadro del inmortal Velazquez

29 MARZO 1896

NÚM. 13

L.T. PIVER EN PARIS
 NUEVA PERFUMERIA EXTRA-FINA
 AL
CORYLOPSIS DEL JAPON
 JABON. ESENCIA. AGUA DE TOCADOR. POLVO DE ARROZ. ACEITE.
 BRILLANTINA



El Gran Descubrimiento del Siglo
ES EL ELÍXIR GODINEAU único remedio
 (sin peligro alguno) contra la Impotencia. Curación de los Anémicos, de los Extenuados, etc.
REJUVENECIMIENTO Y PROLONGACIÓN DE LA VIDA.
 Administración del ELÍXIR GODINEAU en PARIS, 7, rue Saint-Lazare.
 FOLLETO GRATUITO REMITIDO FRANCO A QUIEN LO PIDA.
 En MANILA: T. MEYER y C^a. — En CEBU: Botica del Sr. NIÑO, 23, Alfonso XIII.

ANEMIA -- DEBILIDAD -- CONVALESCENCIA -- FIEBRE DE LOS
 PAISES CÁLIDOS -- DIARREA CRÓNICA -- AFFECCIONES DEL CORAZÓN
 EXCESO DE TRABAJO FÍSICO Y INTELECTUAL
 se curan radicalmente con
 el **ELÍXIR**
 y el **VINO** de **KOLA-MONAVON**
Tónico reconstituyente - Digestivo - Estimulante poderoso
 Depósito general: MONAVON, F^o de 1^a clase, en LYON (Francia).
 Depósitos en Manila: JACOB ZOBEL; — T. MEYER y C^a.
 Y EN TODAS LAS BUENAS FARMACIAS

GRANDES DESTILERÍAS MALAGUEÑAS
 MOVIDAS A VAPOR Y SISTEMA CHARENTAIS
COGNACS SUPERFINOS
 GARANTIZADOS PUROS DE VINO



MARCA REGISTRADA

JIMENEZ Y LAMOTHE
 MALAGA Y MANANARES
 PROVEEDOR DE LA REAL CASA

En todos los Almacenes,
 Tiendas y Cafes de España y Ultramar.

SEDLITZ CH. CHANTEAUD
 PURGANTE SALINO, REFRESCANTE Y DEPURATIVO
 El Sedlitz Ch. Chanteaud es incontestablemente el producto mejor y más útil de la farmacia moderna; es una sal neutra purgante de un sabor muy agradable y de una eficacia segura para combatir el constipado de vientre y conservar la frescura de la sangre. El hacer uso de el diariamente está sobre todo recomendado a los que padecen de gota y de reumatismo y a las personas de temperamento sanguíneo, propensas a Congestiones cerebrales, a Vértigos, jaquecas y predisuestas a almorranas, ó a enfermedades gástricas, etc., etc.
 Farmacéutico de 1^a clase, comendador de Isabel la Católica, Fundador de la FARMACIA DOSIMÉTRICA e inventor del SEDLITZ GRANULADO, que lleva su nombre.
M. CH. CHANTEAUD,
 DESCONFÍESE DE LAS FALSIFICACIONES, EXIJASE LA CUBIERTA AMARILLA Y LAS SEÑAS DEL DEPOSITO GENERAL, 54, RUE DES FRANCS-BOURGEOIS, PARIS.

T. JONES
 FABRICANTE DE PERFUMERÍA INGLESA
 EXTRA-FINA
VICTORIA ESENCIA.
 El perfume el más esquisito del mundo. ÚLTIMA NOVEDAD PARA EL PAÑUELO.
BOUQUET POMPADOUR
BRUYÈRE D'ÉCOSSE
FLEURS DE FRANCE
AGUA de Tocador JONES
 Tónica y refrescante, excelente contra las picaduras de los insectos.
ELIXIR Y PASTA DENTÍFRICOS
LA JUVENIL
 Polvos sin ninguna mezcla química para el cuidado de la cara, adherente é invisible.
 PARIS, 23, boulevard des Capucines.
 En MANILA: JACOBO ZOBEL; — T. MEYER y C^a.

FOTOGRAFADOS
 DE
RAMIREZ Y C. A.

Se halla de venta en todas las buenas farmacias.
 El **VINO** de **Extracto de Hígado de Bacalao**
 PREPARADO POR EL
SEÑOR CHEVRIER
 Farmacéutico de primera clase de PARIS
 posee á la vez los principios activos del aceite de HÍGADO de BACALAO, y las propiedades terapéuticas de las preparaciones alcohólicas. — Produce un efecto notable en las personas, cuyo estómago no puede soportar las sustancias crasas. Este vino, así como el aceite de HÍGADO de BACALAO, es un poderoso remedio contra las enfermedades siguientes:
ESCRÓFULA, RAQUITISMO, ANEMIA, CLOROSIS, BRONQUITIS
 y en general contra todas las ENFERMEDADES del PECHO.
 EXIJASE LA F.R.M.A: **CHEVRIER**
 Depósitos en MANILA: JACOBO ZOBEL; TEODORO MEYER y C^a, y en todas las principales Farmacias.

DIARIO DE MANILA

FUNDADO EN 1848

AÑO XLIX

DOMINGO, 29 DE MARZO DE 1896

NUM. 13

BELLAS ARTES



LA CAIDA DE JESÚS

UNO DE LOS PASOS DE LAS COFRADIAS DE SEVILLA

Obra del célebre escultor Salcillo

DOMINGO DE RAMOS



CUANDO llegó el tiempo prefijado desde la eternidad para que Jesucristo muriese por nosotros, se encaminó voluntariamente á Jerusalem para que se cumpliesen las profecías. La fama de los milagros y la doctrina de Jesucristo, ya le había precedido en Jerusalem: muchos de los que habían conseguido su salud con los primeros y muchos también que seguían ya con fervor la segunda, esparcían sus alabanzas por todas partes, y todo el odio y la envidia de los escribas y fariseos no podían acallar el entusiasmo del pueblo, ni hacer que perdiese la reputación divina que iba adquiriendo entre los hebreos, aún asombrados con la resurrección de Lázaro, la doctrina del Salvador de los hombres.

La entrada de Jesucristo debía ser triunfal, por poco que se prestase al entusiasmo del pueblo; pero Jesús, que leía en el fondo de los corazones de aquella plebe versátil; Jesús, que deseaba dar un ejemplo de la humildad que es la primera virtud de los que han de seguir su doctrina, quiso entrar montado sencillamente sobre un asnillo. Mas así que se esparció la noticia de que Jesús venía acompañado de sus discípulos, toda la muchedumbre que había acudido á Jerusalem con motivo de la celebración de la Pascua, sale presurosa á recibirle. Todos corren á su encuentro, llevando en sus manos palmas y ramas de olivo, tendiendo sus vestiduras por el suelo para que sirvan de alfombra á su Rey espiritual y clamando: «Bendito sea el que viene en el nombre del Señor»

Los muchachos de los hebreos no fueron los que menos parte tomaron en la ceremonia, ni los que menos bulto hacían entre la muchedumbre. Ellos también gritaban: «Hosanna al hijo de David»; y siempre dispuestos á tomar parte en toda clase de funciones, la tomaban entonces muy principal en una que excitaba á la vez su alegría y su admiración: cosa bien singular, que mientras los pontífices y ancianos del pueblo estaban poseídos de odio profundo contra Jesús, los muchachos con su natural candor prorumpiesen en sus alabanzas, para que se cumpliesen las palabras de la Escritura, que dicen que el Señor tomó sus alabanzas de boca de los niños y de los párvulos.

A imitación, pues, de los muchachos de los hebreos, los de los cristianos de nuestros días toman una parte más activa en las funciones con que la Iglesia celebra en toda la Semana Santa los misterios de nuestra redención, y empezando por la del Domingo de Ramos, no es por cierto la que menos les entusiasma. Ya desde algunos días antes se hallan guarnecidas las paredes de las iglesias con numerosos ramos y rizadas palmas, pues estos países tropicales permiten apurar la verosimilitud hasta el punto de emplear las palmas que menciona el Evangelio. Suelen distribuirse en las iglesias ramos de oliva antes de la bendición; pero los niños no se fían de lo que sucederá y acuden ansiosos á comprar la palma que su bondadoso padre les costea, con ella asisten á la procesión y luego la pondrán en los balcones de su casa, porque, según una antigua y piadosa tradición, es un preservativo contra las exhalaciones que despiden las tempestades. También la oliva, que tan triunfante se ostenta en este día, sirve, reducida á cenizas, para depositarla en la frente de los fieles en el primer día, ó sea el Miércoles de Ceniza, de la venidera Cuaresma.

La entrada triunfante del Salvador en Jerusalem, que es la que la Iglesia celebra en este día, se representa por medio de una procesión en la que se llevan las palmas, los ramos de olivo y las matas de romero que el celebrante distribuye al pueblo, después de haberlos bendecido

con las preces y ceremonias del ritual y mientras que el coro canta las antifonas alusivas.

Despues se hace la procesión con los ramos benditos, yendo delante el subdiácono con la cruz; pero al volver á la iglesia, las puertas están cerradas y la procesión se detiene. Entónase entónce por el coro interior el famoso himno *Gloria laus*, cuyos versículos repiten los sacerdotes que vienen en la procesión, hasta que el subdiácono dá con el astil de la cruz en las puertas y éstas dan paso al Rey eterno de la gloria.

Es muy notable el origen del himno *Gloria laus* que se canta en esta misteriosa ceremonia. Circulaba por las calles de Angers la procesión del Domingo de Ramos, á la que asistía el rey de Francia, Luis, llamado el Debonnaire, cuando al pasar por debajo de las ventanas de la cárcel, se oyó cantar el himno *Gloria laus*; que pareció bien á todos y agradó infinito al monarca. Había sido compuesto por el prelado Theodulfo, obispo de Orleans y preso por acusación de estar complicado en una conspiración contra el rey Luis; pero éste, desde que escuchó el himno, volvió su estimación al prelado, mandó que le pusiesen en libertad y que volviese inmediatamente á su silla.

Todos son cánticos de alegría durante la procesión de las palmas, á imitación de las aclamaciones de los hebreos en la entrada triunfal del Salvador en Jerusalem; pero á la procesión brillante, sucede la misa en que ya se cantan los misterios de la pasión y muerte de Jesus: entonces comienza el duelo religioso de la Iglesia y cesan todos sus cánticos de alegría, para sólo prorrumpir en exclamaciones de tristeza.



CASTIGO DEL PUEBLO JUDÁICO

ELEGIA

Venganza clama al iritado cielo,
Jerusalen deícida, tu pecado:
El eco furibundo
Del arco contra tí desesperado
Retumba en las cavernas del profundo,
Pidiendo por la sangre sacrosanta
De Jesús, que vertiste, tu castigo:
Ay! cuál te miro ya bajo su planta,
Sin haber quien tu mal llore contigo!
Y yerma tu campiña y asolada,
A polvo reducidos tus hogares,
Verás entre congojas sepultada,
Ciudad, delicia un tiempo de Dios Santo;
Y cercarte do quier lívida muerte,
Negra desolación y fiero espanto,
Triunfando el enemigo con tu suerte.

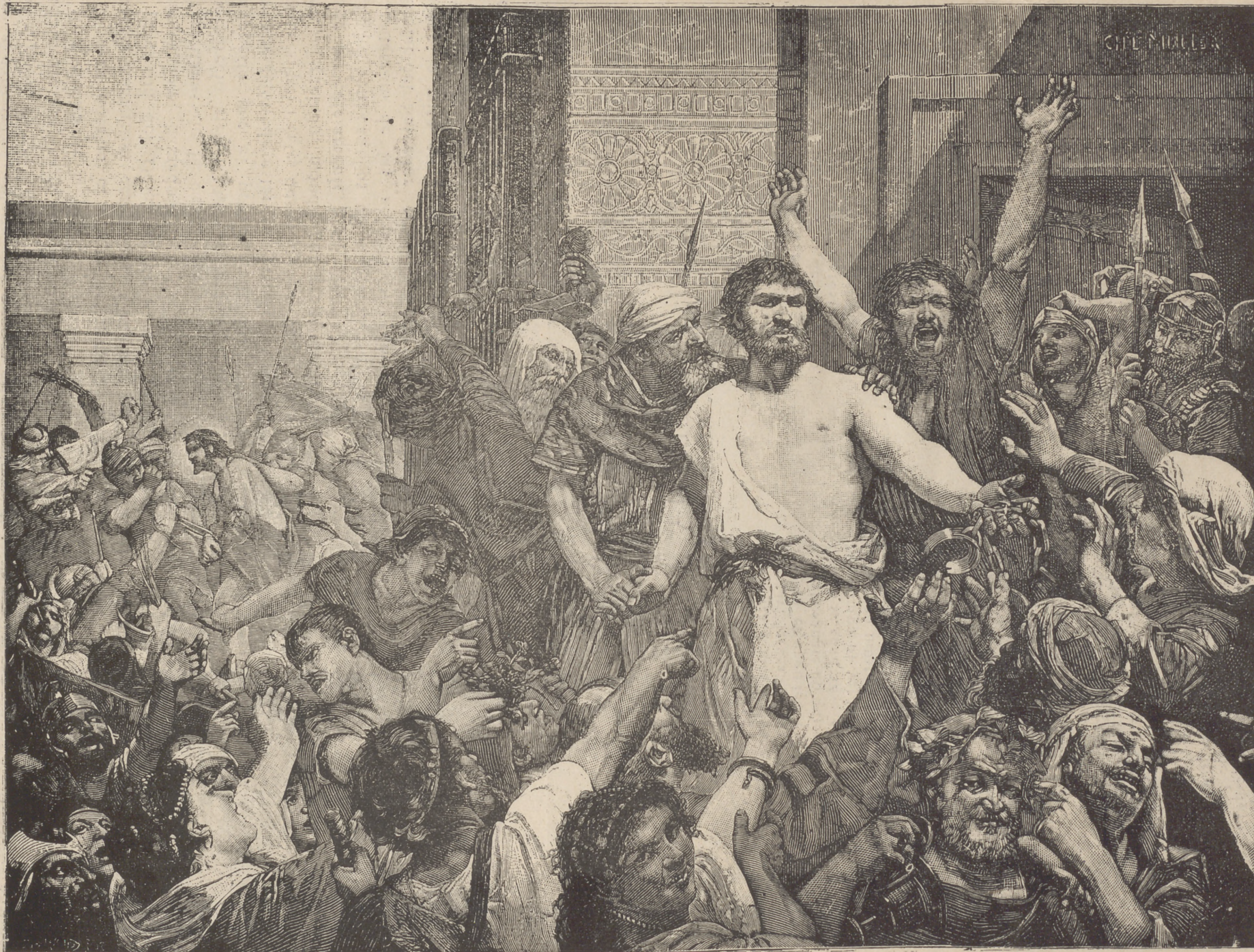
Tras los soberbios muros que te guardan
Miro ya los romanos escuadrones;
Desnudas las espadas
Traen la victoria unida á sus pendones:
La tierra se estremece á sus pisadas;
Esas torres, que altivas á los vientos
Desafiaban, como vil juguete
Humilladas caerán á los violentos
Impulsos repetidos del ariete.
Ni tus ruegos oirán los vencedores;
De tus vírgenes tristes el lamento,
De tus párvulos tiernos los clamores
No podrán ablandar, no, la firmeza
Del contrario adalid, que con denuedo
Verás al fin doblar tu atroz fiereza,
Envuelto el corazon en torpe miedo.

En la cima del Gólgota, humeante

La sangre de Jesús está clamando
Venganza y más venganza:
Mas ¡ay! Jerusalem, que ya triunfando
Se goza el enemigo en tu matanza.
¡Cuánta sangre do quier ¡ay! cuánto estrago!
Eterna soledad vése en tus calles;
Sin pompa ni verdor al golpe aciago
Quedaron mústios tus amenos valles;
Y ese tu templo que del mundo envidia
Dábate gloria y nombre esclarecido,
Por inícuo soldado con perfidia
Será á leve pavesa reducido;
Ni piedra en sus cimientos sobre piedra
Dejará el triunfador, de estrago no harto,
Y en tus palacios cubrirá la hiedra
La oscura madriguera del lagarto.

Mas deja, musa, de animar mi lira;
Cansada de llorar tantos dolores
Ya mi lengua enmudece,
Y la mente, al pintar tantos horrores,
Embargado el aliento, se estremece.
Fugitivo, infeliz, y vagabundo,
De todas las naciones rechazado,
Su oprobio y maldición publica al mundo
Aún hoy el pueblo ciego, del pecado
Arrastrando las hórridas cadenas.
¡Pueblo deícida, pueblo desgraciado!
Conoce ya la mano que de penas
Te colma tan amargas: tu desdoro
Lava de contrición con puro llanto;
Que entonces el Señor, á quien adoro,
En gloria volverá tu gran quebranto.

F. R. ECHAVARRIA.



BARRABÁS EN LIBERTAD

AMOR SUPREMO

SI Dios es la fuente primordial y soberana del verdadero amor; si conociendo la naturaleza del hombre que formó á su imagen y semejanza, le intima sus preceptos encontrándolos en uno solo, el de la caridad; si ha querido que á la ley de la atracción en el orden físico respondiera en el orden moral otra ley análoga y también imperiosa, pero no ciega, sino dirigida por la libertad responsable, que, según se someta al orden ó lo infrinja, produce las maravillas del heroísmo ó las catástrofes del crimen; si el amor es el sello que ostentan las obras de la omnipotencia divina, el poder que las mantiene y la luz que de todas ellas irradia, ¿cómo no había de presidir el Amor supremo á la más alta manifestación que ha hecho el Ser infinito de sus atributos y perfecciones, al decreto de redimir el linaje humano por la encarnación y muerte del Verbo?

Como quiera que se contemple ese misterio augustó, ofrece á nuestra consideración una bondad inefable, una ternura dulcísima, un exceso de generosidad que suspende, una profusión tal de favores y dádivas prodigados á la humanidad rebelde y desagradecida, que San Pablo no halló palabras más á propósito que las de locura y escándalo para manifestar la impresión que ha de producir en ánimos descreídos la mezcla de ignominias y grandezas acumuladas en el símbolo de la Cruz. Un Dios que oculta su majestad y soberanía, y que ante las provocaciones de inícuos tribunales y de la muchedumbre ébria de cólera, no dá otra señal de su omnipotencia que la de no dejar escaparse de sus manos el rayo que habría de vengarle; un Dios que prodiga sus consuelos, su perdón y su sangre, no ya á las almas escogidas que le adoran, sino á los verdugos que le atormentan, al pueblo que le escarnece y á los perpetradores todos del Deicidio que llora la misma naturaleza insensible, más compasiva que el hombre; un Ser que, reuniendo las magnificencias de la perfección y la inmortalidad increadas, se abate para asumir las miserias y la abyección de una criatura, ¿no representa el amor más grande y más inverosímil que puede concebirse? Si soñara un poeta que el Sol, prendándose de un insecto perdido entre el follaje del bosque, se despojaba para complacerle de su luminosa diadema, ¿qué sería esa fantástica invención ante la verdad de que un Dios se haga hombre para redimir al hombre?

Sublime historia de amor es la historia de Jesucristo, y por eso es amor también su doctrina y amor su culto, y amor la nueva que trajo al mundo y el galardón que nos promete en su gloria. Los héroes que se han formado en esta escuela, mártires, santos que vivieron entre los esplendores del trono ó en abruptas soledades, investigadores de la verdad, apóstoles de muchedumbres salvajes ó esclavizadas, todos aparecen transfigurados por esa llama viva que arde en el pecho del Divino Redentor. Acercarse á ella es la perfección del hombre y el progreso de la sociedad; alejarse es ahogar al uno en la cárcel del egoísmo y lanzar la otra por la pendiente de la decadencia.

Las grandes crisis morales se engendran casi siem-

pre de un fermento de odio, ó, si no fuera atrevida la frase, de un descenso en la temperatura conveniente á la vida de las conciencias y las instituciones, las cuales necesitan, como la tierra, luz y calor para dar flores y sazonados frutos. ¿De qué proceden hoy las luchas que desgarran el seno de la Europa civilizada sino del escepticismo invasor, que entumece las almas, haciéndolas incapaces de nobles entusiasmos y sacrificios, y fomentando los voraces anhelos del placer, tiende á desterrar del mundo no sólo la caridad evangélica, sino también la fe que le sirve de fundamento?

Pues véase cómo el Cristianismo, con la sencillez fecunda de la verdad irreformable, enemiga de estériles cavilaciones y sofismas aparatosos, dirigiéndose al corazón más que á la inteligencia, poniendo ante los ojos del pensador y del ignorante, del que goza y del que sufre, la imagen del Crucificado, ofrece á la humanidad el remedio universal á sus dolencias en el precepto del amor, rubricado con la sangre del Maestro que lo impuso. Pasarán los siglos y no pasarán sus palabras. La Iglesia, á la que confió la ejecución de ese Testamento solemne, guarda en él la ejecutoria de su inmortalidad; y el día en que, sucediéndose las generaciones á las generaciones, llegue una que haya arrancado á la naturaleza todos sus secretos, no hallarán otra ley más perfecta, porque no es posible que la criatura desmienta ni supere la sabiduría infinita de su Hacedor.

FR. FRANCISCO BLANCO GARCÍA

Agustino



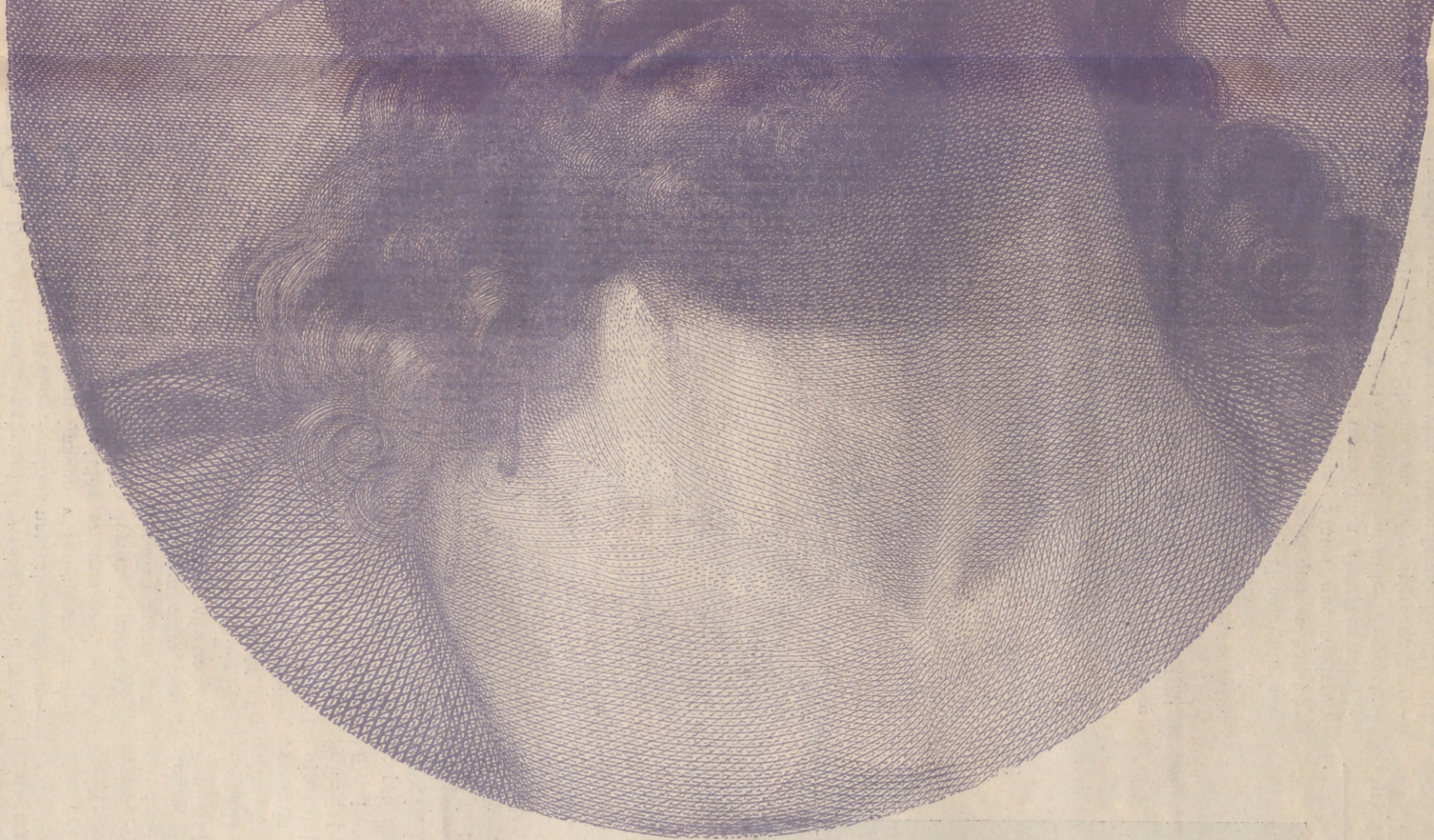
EL SAGRADO LEÑO DE LA CRUZ

TRADICIÓN PIADOSA

COMO declina el sol por Occidente, así también la vida de Adán se extinguía y caminaba á su ocaso para la eternidad.

Rodeado de su numerosa familia; postrado en el le-

ANNO SUPREMO



ECCE - HOMO

CUADRO DE GUIDO RENI



cho de sus dolores, lanzaba ayes tristísimos que lastimaban los corazones de sus hijos, Shet, Cam y Jaffet.

La raza europea desciende por línea recta de Jaffet, y éste, movido á profunda compasión viendo los sufrimientos del decrepito anciano, emprendió caminito derecho del Paraiso y suplicó al Angel guardador del sagrado lugar, que devolviese la salud al padre de los hombres.

El Angel bendito del Señor sonrió tristemente á Jaffet, y cortando una rama del árbol del bien y del mal, por el cual pecara su padre Adan, se la entregó á Jaffet, diciendo:

—Tu padre sanará cuando esta rama dé su fruto.

El buen hijo, radiante de alegría, volvió al paterno hogar, y al acercarse oyó gritos de angustia y dolor.

El primer hombre, hecho por Dios á su hechura y semejanza, acababa de morir.

Estremecido por intensa pena, se arrodilló el hijo cabe el lecho de Adan, y lanzando sollozos desgarradores decía:

—¡Mi padre ha n.ue o! ¡El Angel me engañó, Señor!

Y Jaffet volvía á llorar, delirante á veces, abatidísimo y dolorido otras, sobre el mísero cuerpo del padre infortunado.

El Angel consoló el alma contristada de Jaffet y se presentó á su vista, envuelto en radiante ropaje salpicado de estrellas fulgurosas y rápidas, ceñida la frente celestial con diadema de gloria y bienandanza, y diz que así le habló, con las palabras del Señor:

—¿Por qué dudas, Jaffet? ¡La tierra vuelve á la tierra y el espíritu al seno de su Dios y Señor! Mas el alma de Adan está sentenciada á un largo destierro por su desobediencia. Planta la rama del Paraiso sobre la tumba de tu padre, y cuando broten frutos y flores, señal cierta será que su espíritu goza de las eternas excelencias. Consuélate y recobra la esperanza.

Así habló el Angel á Jaffet el buen hijo, y subiendo en nubes de tornasoles, ascendió aún más allá, como brillante meteoro por las montañas del cielo, hasta desaparecer.

Animado Jaffet con las promesas del Angel, enterró á su padre y clavó en su sepultura la rama bendita del Paraiso.

Creció con gran lentitud de siglo en siglo la rama del árbol del bien y del mal, y al llegar el reinado de Salomón era ya un árbol de grandiosa magnitud.

Nunca, jamás dió el árbol santo fruto ninguno ni preciadas flores, y crecía el obscuro tronco sin señal alguna de vitalidad, señal segura del destierro de Adan en el cielo.

Salomón, el rey sabio, digno hijo de David, hizo levantar el mayor y más suntuoso templo al Dios verdadero en la santa ciudad de Jerusalem, y reparando en aquel vegetal gigantesco, aun más corpulento que los cedros altísimos del Líbano, aún más elevado que las viejas palmeras del Iduméa, mandó derribarle para su empleo en la fábrica del templo.

No hubo hacha afilada ni herramienta cortante que labrar pudiera el magnífico tronco, y asombrados los judíos, temerosos de algún castigo por haber despojado el Sepulcro de Adan de aquélla tan venerable reliquia de la Creación, le abandonaron.

Era en la plenitud de la gloria del santo rey, cuando la reina de Sabá visitó el templo maravilloso y adoró

en él al Dios grande de Israel: por divina inspiración del cielo, se prosternó ante el adámico tronco que yacía en el pórtico del primer vestíbulo, y asegura la tradición santa que la reina exclamó:

—¡Oh Señor sagrado! Día llegará en que te eleves y colgado de tus brazos lleves á un enviado del cielo, cuya muerte será la ruina de Jerusalén!

Temblaron todos los hijos de la nación hebrea al oír la solemne predicción de la reina de Sabá, y Salomón mandó enterrar el bendito tronco que había de ser fatal á su pueblo, permaneciendo en el más profundo olvido, hasta que, pasando siglos y siglos, se construyó en aquel sitio la alberca llamada en el Evangelio la "Piscina Probática," donde removidas sus aguas por un Angel, daban la salud á los enfermos.

Eran llegados los días de la sagrada Pasión de Cristo y apareció el tronco á flor de agua en la Piscina.

Los judíos habían ya olvidado la profecía de la reina de Sabá y sacaron el santo leño de las aguas para formar de él la Cruz donde morir debía el divino sentenciado Cristo Jesús.

Tal nos lo refiere la tradición piadosa.

ISABEL ESCANDÓN DE MARASSI.



"LA SOLEDAD" EN MI PUEBLO

Hay en mi pueblo una Virgen de hermosura tan sin par que en sus ojos se refleja la pureza celestial.

Cuando llega el Viernes Santo, tal vez lo finge mi afán, pero revela su imagen una angustia tan mortal, un desconsuelo tan grande, un tan íntimo pesar, que las lágrimas de cera

que en sus mejillas están,
me parece que resbalan
por su bellísima faz;
*¡y queda tan sola y triste,
que dan ganas de llorar!*

Ya de la Cruz descendido
con cristiana caridad,
los dos piadosos varones
presentan ante su altar
el cuerpo del hijo amado,
envuelto en blanco cendal.
Lentamente la penumbra
trocándose en sombras vá,
para hacer más negro el luto
de este trágico final;
y con las manos cruzadas
ella parece implorar,
y despues que lo conducen
hasta la urna funeral,

*¡se queda tan sola y triste,
que dan ganas de llorar!*

La noche, por fin, extiende
su medrosa oscuridad;
mudas siguen las campanas,
solas las calles están,
y únicamente, á intervalos,
suenan el agudo metal
que la procesión anuncia
de la Santa Soledad.

Se abren de la oscura iglesia
las puertas de par en par;
los nazarenos con cirios
principian á desfilan,
y salen los sacerdotes,
sale la imagen detrás.

Ya no lleva la corona
que tiene puesta en su altar;
adorno ninguno lleva,

y son sus joyas no más
el negro crespon del manto
cayendo sobre su faz.

Devotas y nazarenos
rezan con grave compás,
entonan los sacerdotes
melancólico cantar,
y á veces tambien se escucha,
como una queja mortal,
dulce y ferviente saeta
impregnada de piedad.
En dos hileras recorren
toda la calle Real,
y es la procesión muy larga,
y en medio la Virgen vá;
*¡y vá tan sola y tan triste,
que dan ganas de llorar!*

C. RUIZ MARTINEZ.

Sevilla.

GETSEMANI

SOBRE el cerro de los olivos se alzaba una blanca casita (1): desde lejos asemejábase á gigantesca paloma, abandonando su obscuro nido de argentes lentistos, de sombría hojarasca: huerto plácido de olivos, palomas y laureles circundaban la tranquila vivienda. En aquel sitio reinaba gran silencio, profunda paz, soledad dichosa: arriba, el inmenso cielo azul de Palestina, brindando al alma á la meditación, prometiendo supremas esperanzas; abajo, el campo, el campo dispuesto á recoger con sus esponjas de tierra el sudor del hombre; más allá, el Cedrón, y la vieja tumba del hijo ingrato, del hermoso Absalón, el de la rica cabellera de oro... el collado pedregoso y muerto del Calvario, el monte maldito; después, después... la hija de Sión, ceñida en cintura con muros que de plata parecen, descollando entre plumeros de palmas y sicomoros y terebintos las torres y cimborios que la coronan como á reina.

El sol se fué alejando, alejando, y despidiéndose del Oriente con vívidos destellos que arrebolaban las blancas nubecillas, que hacían brillar como limpio zafir el firmamento, que daban tonos calientes á las rocas del Gólgota y á las verduras campesinas.

Y vino la noche: ya ni las alondras, ni las gárrulas avecicas alborotaban el monte Olivete, tranquilo y plácido, ni turbaban el profundo silencio de la blanca casita... Allá, á lo lejos, oíase el zumbido de la muchedumbre que en Jerusalem se despedía hasta la aurora.

Cuatro hombres penetraban en el huerto: un rayo de luna les envuelve en su luz suave y pálida. El rostro del uno, del más hermoso, de aquel en cuya frente parece que fulgura la aureola de la divinidad, está entristecido, con tristeza grandiosa, infinita, ultrahumana; los otros caminan vacilantes, asoporados, tímidos, embargados por el dolor, por la incertidumbre, quizás por el temor, tal vez por el espanto. Ellos son: el Hijo de Dios, el Redentor, y Pedro, y Juan, y Jacobo el Zebedeo...

Y el Redentor se adelantó á los suyos, y, postrándose en tierra, alzó sus ojos, elevó sus manos y oró...

Los de Gilead sentáronse en el suelo, y no oyeron cómo su maestro, el Maestro de la vida, sollozaba, gemía, suplicaba á su Padre; y no vieron que lloraba lágrimas salidas de lo más hondo del corazón... lloraba porque el cáliz de la amargura tocaba ya á sus labios misericordiosos, porque sabía que el humano iba á pagar con nefanda y cruel ingratitud el sublime sacrificio que estaba á punto de realizar: no vieron, no, llorar al Maestro, porque sus párpados se habían cerrado... y dormían con profundo sueño. ¡Miseria y flaca carne humanal ¡el espíritu pronto está, mas tú eres débil! ¡Maldita seas!..

Las estrellas señalaban en su curso la mitad de la noche, cuando un tumultuoso ruido turbó el sosiego del monte, asustó á los pajarillos que en sus nidos reposaban, despertó á los dormidos discípulos del Hombre-Dios y éste cesó de orar, de suplicar, de derramar augusto llanto: su semblante estaba sereno, en sus ojos brillaba la tranquilidad del Justo, en su frente la majestad del Rey de los mundos: el sacrificio estaba hecho.

El traidor se acercaba, los estúpidos sayones de los carnales sacerdotes de la vieja ley iban á poner sus inmundas manos en el cuerpo sacrosanto y augusto del verdadero Mesías; el alevoso *Ave Rabí* iba á resonar en el pacífico huerto que momentos antes brindaba á la meditación, convidaba á la paz, aseguraba supremas esperanzas...

La traición se consumó: el tumultuoso ruido se fué alejando; los hombres dormidos no se veían allí, ni seguían á su cautivo maestro, porque escrito estaba: «Heriré al pastor y se descarriarán las ovejas»; el huerto quedó otra vez en silencio, pero su silencio era esta vez luctuoso, lúgubre, funerario.

Al pié de un olivo, sobre una mata de olivete mejorana, un rayo de la luna hacía brillar, con brillo fulgurante, diamantino, unas ampollas de purísimos cristal: eran las lágrimas, las lágrimas que el Redentor había derramado: ellas dignificaron, hicieron sagrado el entristecido huerto. La humilde mata fué el venturoso receptáculo que guardó, hasta que el sol del nuevo día las llevó al Empíreo, absorbiéndolas con sus efluvios misteriosos, las lágrimas que por el hombre un Dios derramó... Por eso Getsemani es un lugar

(1) Notas á la Pasión de San Mateo, por el presbítero D. José Sayol.

santo, por eso le amarán eternamente todas las generaciones.

EVARISTO RODRIGUEZ DE VEDIA.

A LA MUERTE DE JESÚS

ODA

¿Y eres Tú el que velando
La excelsa majestad en nube ardiente
Fulminaste en Siva? Y el impío bando
Que eleva contra tí la osada frente,
¿Es el que oyó medroso
De tu rayo el estruendo fragoroso?
Mas ora abandonado,
¡Ay! pendes sobre el Gólgota, y al cielo
Alzas gimiendo el rostro lastimado;
Cubre tus bellos ojos mortal velo,
Y su luz extinguida,
En amargo suspiro das la vida.
Así el amor lo ordena,
Amor más poderoso que la muerte,
Por él de la maldad sufre la pena
El Dios de las virtudes, y leon fuerte
Se ofrece al golpe fiero
Bajo el vellon de cándido cordero.
¡Oh, víctima preciosa,
Ante siglos de siglos degollada!
Aún no ahuyentó la noche pavorosa
Por vez primera el alba nacarada,
Y hostia del amor tierno
Moriste en los decretos del Eterno.
¡Ay! ¿Quién podrá mirarte?
¡Oh paz, oh gloria del culpado mundo!
¿Qué pecho empedernido no se parte
Al golpe acerbo del dolor profundo,
Viendo que en la delicia
Del gran Jehová descarga su justicia?
¿Quién abrió los raudales
De esas sagrientas llagas, amor mio?
¿Quién cubrió tus mejillas celestiales
De horror y palidez? ¿Cuál brazo impío
A tu frente divina
Ciñó corona de punzante espina?
Cesad, cesad, crueles:
Al santo perdonad, muera el malvado:
Si sois de un justo Dios ministros fieles,
Caiga la dura pena en el culpado.
Si la impiedad os guía,
Y en la sangre os cebais, verted la mía.
Mas ¡ay! que eres Tú solo
La víctima de paz que el hombre espera:
Si del Oriente al escondido polo
Un mar de sangre criminal corriera,
Ante Dios irritado,
No expiación, fuera pena del pecado.
Que no cuando del cielo
Su cólera en diluvios descendía
Y á la maldad que dominaba el suelo
Y á las malvadas gentes envolvía,
De la diestra potente
Depuso Sabaoth su espada ardiente.
Venció la excelsa cumbre
De los montes el agua vengadora;
El sol, amortecida la alba lumbré
Que el firmamento rápido colora,
Por la esfera sombría
Cual pálido cadáver discurría.
Y no el ceño indignado
De su semblante descogió el Eterno.
Mas ya, Dios de venganza, tu Hijo amado,
Domador de la muerte y del Averno,
Tu cólera infinita
Extinguir en su sangre solícita.

¿Oyes, oyes cual clama:
Padre de amor, por qué me abandonaste?
Señor, extingue la funesta llama
Que en tu furor al mundo derramaste:
De la aceiba venganza
Que sufre el Justo, nazca la esperanza.
¿No veis cómo se apaga
El rayo entre las manos del Potente?
Ya de la muerte la tiniebla vaga
Por el semblante de Jesús doliente,
Y su triste gemido
Oye el Dios de las iras complacido.
Ven, angel de la muerte;
Esgrime, esgrime la fulmínea espada.
Y el último suspiro del Dios fuerte,
Que la humana maldad deja expiada,
Suba al sòlio sagrado,
Dó vuelta en Padre tierno al indignado.
Rasga tu seno ¡oh tierra!
Rompe ¡oh templo! tu velo. Moribundo
Yace el Creador; mas la maldad aterra,
Y un grito de furor lanza el profundo:
Muere... Gemid, humanos:
¡Todos en él pusisteis vuestras manos!

ALBERTO LISTA.

ESCENAS DE LA REDENCION

SEGUN dice San Lucas en el capítulo X de su Evangelio, al acercarse la Pascua, no contento Jesús con los doce discípulos predilectos, escogió setenta y dos más, enviándoles á las poblaciones y diciéndoles, segun San Marcos, estas sublimes palabras: «Os envío como corderos entre lobos; sed cautos cual serpientes, y sencillos cual palomas.» Despues de esta misión, y al dia siguiente de su triunfal llegada á Jerusalem, dirigióse al templo, y entró en medio de la emoción universal, tranquilo como si estuviese absorto en sobrenaturales contemplaciones; cruzados los brazos sobre el pecho como para contener y ahogar los latidos de su corazón; radiosa la frente con aquella mística aureola que irradiaba resplandores en los cuales se han abrasado, como leves mariposas, tantas y tantas almas; y dirigióse á la teba ó mesa donde se deponían los libros santos, y comenzó á enseñar la palabra de Dios. Entonces los fariseos, temerosos de que tan ardiente palabra encendiera los ánimos y suscitara perturbaciones, mucho más temibles que en ningún otro tiempo en los dias de Pascua, preguntáronle por sus títulos y sus derechos para dirigirse al pueblo. Y Jesús les contestó que se los presentaría cuando ellos le dijeseñ si el bautismo de Juan sucedió por divina ó por humana ordenación. Suspendiéronse á tan extraño problema los grandes sacrificadores, y recapitaron, reconcentrando en lo interior el pensamiento, que si decían por divina ordenación, argüiríales Jesús de inobedientes á Dios por no haberle seguido, y si por humana, de contrarios al pueblo que aun creía y adoraba en su profeta. Y buscaron el expediente fácil de burlar la cuestión diciendo que no podía tratarse entonces de Juan y su misión, sino de él, de Cristo y sus predicaciones. Y le respondió el Salvador con aquellos apólogos, los cuales contenían la esencia de su doctrina, como el calor contiene la miel de las flores. Y habló de dos hijos que recibieron de su padre el mandato y el encargo de trabajar en las viñas, y de los cuales, el uno, después de haber rehusado largo tiempo ir, fué; mientras

el otro, después de haber convenido en ir, no fué; alusión á quienes le imputaron un día tardanza por comenzar sus predicaciones y luego le abandonaron y aun le persiguieron. Por todo lo cual, Jesús da rienda suelta al espíritu democrático que alienta á su persona y que vivifica su doctrina, contando la parábola de aquel rey, que convidara muchos poderosos á la boda de su hijo, y como no asistieran, envió á sus criados á que invitaran las gentes encontradas en las calles al acaso y las condujeran en tropel, y sin preguntarles si quiera por sus nombres, á la honra y al goce del festin.

Oyendo estos apólogos morales, tan contrarios al sentido estrecho con que el materialismo farisáico destruía la ley; viendo estas tendencias republicanas de un joven galileo, no permitidas en Roma ni á los patricios excelsos, debieron los sacerdotes extremecerse por sus privilegios teocráticos, y decidir la perdición del reformador que podía concitar contra ellos las iras exterminadoras del César. Y Jesús redoblaba en su contra las invectivas, cuando decía que gustaban del primer lugar en los festines, del primer asiento en las sinagogas, del primer saludo en los mercados, y les recon-



EL ENTIERRO DE CRISTO

(CUABRO DEL TICIANO, EXISTENTE EN EL MUSEO DE PINTURA DE MADRID)

venía por llamarse, á guisa de reyes, señores, cuando solo debe haber para los hombres, iguales en naturaleza, un Señor, nuestro Dios, que está en los cielos; y terminaba con estas elocuentísimas palabras: «Sois dignos descendientes de los que inmolaron á los profetas; Jerusalem, Jerusalem, que matas á los santos y apedreas á los enviados á tí, ¿cuántas veces he intentado reunir tus hijos dispersos, como las gallinas sus polluelos y no lo has consentido!» Indignados los judíos, cogieron piedras para arrojárselas, y Jesús les dijo que habiendo hecho tantas buenas obras en nombre de su Padre celestial, ¿por qué le apedreaban? Y ellos le respon-

dieron que no le apedreaban por sus obras sino por sus palabras; porque siendo hombre mortal, se llamaba á sí mismo Dios. Y Jesús, extrañado de estas reconvencciones, respondió con una pregunta en verdad sencillísima: «¿Pues no dicen los salmos que somos igualmente todos hijos de Dios?»

Al considerarle tan sereno en medio del peligro, tan pronto á la respuesta, tan sublime en sus sentencias, sonriente cuando todos se enfurecían, superior á las pasiones humanas cuando todos á sus iras se entregaban; muchas gentes del pueblo se sintieron tocadas en el corazón por aquella avasalladora dulzura, y comen-

zaron á decir que si el Mesías llegara de veras, no hiciera tantos milagros ni tantas maravillas como aquel hombre. Y hubo una gran diferencia en el pueblo de Jerusalen por su causa, pues mientras unos gritaban que le prendieran, otros se interponían entre su persona y los que le amenazaban, para guarecerle y para salvarle. Y Jesús tuvo que salir del templo á causa de las divisiones y de las diferencias que suscitaba su palabra en el pueblo. Y al salir, habló de su divino ministerio en estas sentencias llenas de compasión para sus enemigos é inspiradas indudablemente por la fortaleza que dá el socorro y el auxilio de una elevada conciencia: «Vosotros sois de aquí abajo, y yo de lo alto; vosotros de este mundo, y yo del otro. Y ninguno entre vosotros podrá ir donde voy yo.»

Estaba de tal suerte pervertida la conciencia de los judíos, ignoraban con tan profunda ignorancia el divino misterio de espiritualismo, ante el cual se veían y encontraban, que creyeron á Jesús capaz de darse, como cualquier estóico, la muerte. No sabían que en sus palabras iba encerrada la vida. No sabían que en su predicación iba contenida la conciencia universal. No sabían que cada una de aquellas ideas era un mundo como la mayor parte de los puntos luminosos sembrados en las esferas son como otros tantos soles. No sabían que la tierra se llenaba de una nueva vida, los hombres de un nuevo espíritu, y los cielos de una nueva luz.

Porque la muerte ¡ah! es una reveladora eterna. Cuando en uno de los árboles meridionales veis, por los meses de Abril y Mayo, el azahar que huele, y el fruto que brilla, y el nido del ruiseñor que canta, y el follaje que renueva con su oxígeno el aire, quizás no recordais el estiércol acumulado al pié, y en cuya fermentación, absorbida por las moléculas del vegetal, se anima y enardece la sávia semejante á nuestra sangre. Pues como el árbol no prosperaría, no, hasta dar flores y frutos sin el estiércol en sus raíces, el hombre no crecería jamás hasta tocar con su frente allá en lo infinito sin el sepulcro bajo sus plantas. En las catedrales antiguas hay una misteriosa correlación, misteriosísima, entre la ventana ojival cubierta por los vidrios de colores y la funeraria losa hundida en el frío y humedad de los pavimentos. Del sepulcro y sus horribles putrefacciones surge sin duda el ideal cargado con su flor, que es el arte, y sus frutos, que serán siempre la religión y la ciencia.

EMILIO CASTELAR.

A LA CRUZ

SONETO

Busco tu amparo, antiguo baluarte,
Divina Cruz, mi puesto apetecido;
Ante tí postro el corazón herido;
Es cuanto puede mi infortunio darte.

Si en medio de mi error logro encontrarte
Para tí y para mí fortuna ha sido;
Tu galardón es verne arrepentido,
Mi dulce bien vivir para adorarte.

Gané en tu amor lo que en el mundo pierdo,
Y solícito, dócil y obediente,
Yo seguiré la senda que á tí guía;

Mas ten piedad si turba algún recuerdo
Al que fiel llora, y culpa solamente
A la rebelde y loca fantasía.

A. L. DE AYALA.

EL DESCENDIMIENTO

LA tierra estremecida, oscurecido el sol, destáncanse sobre la inmensa negrura del espacio con gigantescos é indecisos contornos las siluétas fatídicas de tres cruces enclavadas en la cumbre del Gólgota. Las cruces del bueno y mal ladrón á los lados, la de Jesucristo en medio; al pié de ésta, su amantísima madre, herido el pecho de intensa amargura y preñados sus ojos de lágrimas, José de Arimatea y Nicodemus quitan de la frente sacratísima del hijo de Dios la punzadora corona de espinas; arrancan los clavos que atravesaban las manos y piés divinos, y sostienen y hacen descender, con el ánimo oprimido por el dolor y el corazón paralizado por el respeto, el cuerpo de Jesucristo.

¿Quién no recuerda haber visto mil veces reproducida esa sonbría escena del Calvario, y haber sentido embargado su ánimo de un no sé qué indefinible de vaga melancolía, tras cuyas dolorosas vibraciones parece que el alma se transporta á regiones sobrenaturales y la gloria toda del Empíreo se descubre á nuestra vista y legiones innumerables de ideas increadas se posan radiantes de luz sobre nuestra frente y resuenan tristes sonos, plañideros acentos, misteriosas armonías que hablan al espíritu con la irresistible elocuencia de la pena?

Yo la he visto; yo recuerdo cómo en la edad venturosa de mi infancia recreábame con ansiedad angustiosa en ese pasaje sublime; cómo esa escena evocaba en mi fantasía las escenas todas de la Redención, aprendidas y narradas cien veces en las largas veladas de invierno; y cómo en noche de Viernes Santo, acurrucado en la iglesia, dejando flotar indecisa la mirada por la lánguida é intermitente oscuridad de la nave, en cuyas confusas tinieblas parecen ocultarse todas las imágenes que bullen en el alma; viendo los altares desnudos, los candelabros esparcidos, y los fieles enlutados y como perdidos entre las sombras; al oír cómo el predicador relataba el Descendimiento y consideraba el dolor de la Santísima Virgen, al recibir á Jesús muerto, entre sus brazos, veía reproducirse ante mi excitada imaginación el crudelísimo martirio, y cruzar en fantástico desfile la odiosa figura de los soldados pretorianos, y la dulcísima de nuestro Salvador, agobiado bajo el peso del instrumento de su muerte, y la amorosa de su amantísima madre, y el impío, atronador vocear de la turba coreando é insultando sus caídas, el atarazamiento horrible de su cuerpo, su muerte, en fin, publicada al Orbe por pavorosas señales; figuras y escenas todas que duraban un instante y desaparecían en los abismos insondables del vacío, remontando el pensamiento celestiales espacios henchidos de idealidades y de encantos inconcebibles que á la palabra no le es dado explicar.

Descendido Jesús, acércase á José y Nicodemus la Virgen y, entre temerosa y porfiada, ruega «con grande humildad á aquella noble gente que, pues no se había despedido de su hijo ni recibido de él los postreros abrazos en la cruz al tiempo de su partida, la dejen ahora llegar á él, si no querían que por todas partes crezca su desconsuelo, si habiéndoselo quitado por un cabo los enemigos vivo, ahora los amigos se lo qui-



LAS MUJERES EN EL SEPULCRO DE CRISTO

(CUADRO DE ALBERTO BAUR)

tan muerto.» Ablándose á estas razones, compadecense de sus lágrimas y depositan el despedazado cuerpo del hijo en el regazo de su amante madre. ¡Oh! Si la pluma fuere tan elocuente que pudiese pintar la fiebre intensa con que el dolor destroza y marchita el corazón en un instante; si la fantasía humana fuese capaz de concebir, y el alma de comprender, y la palabra de revelar todo el martirio que en un momento las agostan, y ajan el rostro, y anublan los ojos, y encanecen el cabello, y doblegan el cuerpo como vencidos al poder del tiempo, serían aun impotentes para adivinar y transcribir la acerbísima amargura con que la madre de Dios abrazó el cuerpo de su hijo, cuando, descendido de la cruz, lo tuvo entre sus brazos; el doloroso frenesí con que lo estrechó contra su pecho y depositó mil ardientes besos sobre aquel ensangrentado rostro. Pero la mente se ofusca y la pluma vacila y tiembla al expresarlo, y sobrecogido el ánimo por tan inmenso dolor se da á la meditación y al silencio, y auna ideas y reflexiones, y liga trágicos sentimientos y amargas lágrimas, con los que levanta en su corazón el ara sagrada donde sacrifica sus pasiones terrenas y sus bastardos egoísmos ante la imagen de María que lleva en sus brazos al hijo de Dios, inmolado para satisfacer á su Padre por las culpas de los hombres.

Es tan humano este punto del sublime episodio de nuestra Redención; retrata tan fielmente, este conjunto de angustias y amarguras, la naturaleza de la criatura, con sus ensueños delirantes y sus esperanzas irrealizables, sus fugaces alegrías y sus eternos dolores, sus treguas momentáneas y sus combates mortales, que más

en este que en ningún otro acuden en tropel á la inteligencia y al corazón recuerdos de propias amarguras, acentos compasivos y quejas lastimeras y brotan de nuestros trémulos labios fervorosas oraciones, nacidas en lo más íntimo de nuestro ser, y más en este que en ningún otro se perciben en toda su altísima transcendencia esas secretas comunicaciones que las energías de nuestro espíritu guardan con la misma esencia del Creador, y esa fuerza inexplicable, esa oleada de amor infinito que salva de la noche eterna á la Humanidad envilecida y la redime con el sufrimiento y las lágrimas de una Virgen sin mancha y la sangre de un Dios humanado.

Y cuando en la consideración de tantas grandezas vuestro espíritu se empapa de las ideas que exhala, y vuestro corazón palpita rebotante de amor y gratitud, sentís, con incommunicables vibraciones del alma é indecibles revelaciones del sentimiento, fervientísimos anhelos de humillaros en el santuario y acuden á vuestra mente mudas palabras, oraciones interrumpidas por sollozos que solo resuenan en el interior de vuestro ser, mientras las lágrimas enturbian los ojos y del fondo del alma se escapan lamento-sísimos acentos que se pierden, como vuestras miradas, como vuestras esperanzas, como vuestras plegarias, en las serenas regiones por donde cruzan vogando en piélagos de luz las esferas lanzadas al espacio por la mano del Eterno.

GRANADA.

Manila, 28 de marzo de 1896.

**INJECTION
CADET
CURA**

CIERTO Y INFALIBLE

EN TRES DIAS

Ph^{ia}. B^d. Denain 7

PARIS

Depositos en Manila: Jacob ZOBEL; Teodoro MEYER y C^o y en las principales Farmacias.

La Pasta PECTORAL y JARABE de DELANGRENIER

DE PARIS

gozan de una eficacia cierta CONTRA LOS

RESFRIADOS, BRONQUITIS, CATARROS

y las Irritaciones del Pecho y de la Garganta.

Sea aprobados por los miembros de la Academia de Medicina de Francia.

No encerrando ni ópio, ni morfina, ni codeína, curan todos con éxito y seguridad á los niños que padecen de Tos, de Fortalis, ó de Influenza.

Vendidos en todas las Farmacias del mundo.

Jarabe Fénico de Vial
Farmacéutico en Paris

El ácido Fénico es el principio del alquitran separado de todas las sustancias que pueden hacer su absorción desagradable y la digestión difícil. Bajo la forma de Jarabe, es un específico contra las **Enfermedades del pecho, Bronquitis, Asma, Tos, Coqueluche, Gripe y Ronquera.** Da muy satisfactorios resultados a las personas cuya profesión les obliga a hablar mucho.

Deposito en las Farmacias de Filipinas

FOSFATO DE HIERRO
de LERAS, Doctor en Ciencias

Este ferruginoso es el único que encierra en su composición los elementos de los huesos y de la sangre: es sumamente eficaz contra la **Anemia, el Empobrecimiento de la Sangre, los Colores pálidos, Flujos blancos ó Irregularidad de la menstruación.** Se soporta siempre bien, por lo que se receta con frecuencia á las señoras, jóvenes y niños delicados.

Deposito en las Farmacias de Filipinas

KANANGA DEL JAPON

RIGAUD y C^{ia} Perfumistas

PARIS — 8, Rue Vivienne, 8 — PARIS



El Agua de Kananga es la locion más refrescante, la que más vigoriza la piel y blanquea el cutis, perfumándolo delicadamente.



Extracto de Kananga, suavísimo y aristocrático perfume para el pañuelo.

Aceite de Kananga, tesoro de la cabellera, que abriganta, hace crecer y cuya caída previene.

Jabon de Kananga, el más grato y untuoso, conserva al cutis su nacarada transparencia.

Polvos de Kananga, blanquean la tez con el elegante tono mate, preservándolo del asoleo.

Deposito en las Perfumerias de Filipinas

**NUEVOS MODELOS
1896**

DE LA PERFUMERIA-ORIZA
L. LEGRAND

PARIS — 11, place de la Madeleine, 11 — PARIS



Nº 100 ter

ORIZA-OIL
Aceite Superior.



Nº 290

ORIZA-POWDER



Nº 162

ESS-ORIZA
Perfumes concentrados.



Polvos de Flores de arroz de la Carolina.
Mándase franqueado á quien lo pida el Catalogo ilustrado.